

irving louis horowitz*

la conexión hemisférica:

crítica y correcciones a la tesis
empresarial del desarrollo con
énfasis especial en el caso canadiense

El tema de este ensayo lo forman las realidades empíricas del Canadá actual, y más allá de éstas, las mitologías de la sociología estadounidense de hoy. Dadas las circunstancias, el lector deberá perdonarme una breve digresión, la que, sin embargo, puede tener mucho que ver con el tema (o al menos el **leitmotif**) de este ensayo. Si parece un retroceso a una etapa polémica anterior de mi pensamiento, es posible que lo sea, porque en realidad esa polémica nunca se completó. Espero que con este trabajo sobre el Canadá queden arregladas mis cuentas con la sociología política funcionalista.

* Quisiera hacer llegar mi sincero agradecimiento a los miembros del Departamento de Sociología y Estudios Políticos de las Universidades de Queen's y York por su invaluable ayuda en la recolección de los datos necesarios: por haberme empujado en forma sostenida a tomar en serio el papel del Canadá en cualquier marco de desarrollo, y haber soportado lo que debe haber parecido una serie de preguntas interminables e incluso tontas. Quiero expresar particularmente mi gratitud hacia los siguientes colegas: Bruce J. Berman, Ion Davies, John O'Neill, Robert M. Pike, Paul Rosebaum, John J. Vollman, T. C. Willett, Elia T. Zurick, y un agradecimiento especial no alfabético a Katherine Herman, quien atravesó mi densa niebla sociológica respecto al Canadá y me hizo ver los contornos y contextos en que la sociedad y la sociología canadiense se han fundido para producir auténticas innovaciones.

Esta investigación fue posible en parte gracias a una beca académica de Rutgers University, que me permitió tomar un año sabático para emprender este estudio.

I. La tesis empresarial del desarrollo

Durante la última década, en numerosas ocasiones he discutido directa o indirectamente con Seymour Martin Lipset. Tal vez el mejor elogio que se pueda hacer de un adversario es reconocer cuán estimulante ha sido su trabajo. Sin embargo, cualesquiera que fuesen sus motivaciones, nuestro intercambio, a nivel profesional y científico, ha sido percibido por muchos como una polaridad dialéctica esencial en la sociología política norteamericana. Para ubicar en su contexto la crítica de su obra sobre el Canadá, me parece apropiado resumir la historia de nuestras anteriores discusiones sociológicas.

En un ensayo publicado en **New Politics**, critiqué por primera vez la tesis del "fin de la ideología", planteada por Lipset en **Political Man** y en todas sus primeras obras (Horowitz, 1963). Aun cuando la discusión sobre el "fin de la ideología" se identifica con la obra de Daniel Bell, fue Lipset quien desarrolló plenamente las implicaciones ideológicas de esa discusión en su teoría macrosociológica. Lo que me interesaba hace diez años no era tanto el significado de la frase "fin de la ideología", a pesar de que tiene sus aspectos dudosos **prima facie**; sino más bien, la sustancia de la política norteamericana que debía llenar el molde que reemplazara a la ideología. Ese molde resultó ser la doctrina del consenso norteamericano y toda una serie de supuestos referentes a la naturaleza auto-reguladora de la política norteamericana, tomados de la economía smithiana, que presumiblemente hacen de los Estados Unidos la nación más política pero menos ideológica del mundo.

Me parecía entonces, igual que ahora, que pese a las afirmaciones consensualistas, los Estados Unidos continúan siendo el país de la ideología porque son y han sido un país atributivo con clases sociales, razas antagónicas y grupos étnicos infusionables. Mas en términos de status por logro, los Estados Unidos han desarrollado una serie de sindicatos y asociaciones profesionales que reducen el papel de la ideología al egoísmo utilitario, sin eliminar la naturaleza ideológica de la sociedad norteamericana.

La idea que estaba implícita en mis observaciones anteriores es que Lipset articula espléndidamente un sentido de unos Estados Unidos en los que las luchas proletarias, actuales durante el **New Deal**, habían sido superadas en el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial; pero él deja de lado procesos ocurridos en los sectores marginales, lo que Myrdal (1964) ha llamado "la infraclase": ese vasto conglomerado de "los pobres" que se hallan fuera del eje proletario-burgués, pero aún dentro de la corriente principal de la vida social norteamericana. Es justo decir que la frase "fin de la ideología" ha caído en un desuso algo

vergonzante a raíz de las luchas de la década de los sesentas —años de antagonismo amargo, tanto simbólico como actual, que hicieron más por agotarnos que cualquier conjunto de creencias heredadas sobre los Estados Unidos (O'Neill, 1971: 396-428).

En un franco intercambio de opiniones, publicado en el **Sociological Quarterly**, el profesor Lipset y yo volvimos a entablar una discusión sobre la naturaleza de la sociedad norteamericana tal como aparece en su obra **The First New Nation** (Horowitz y Lipset, 1965-66). Una vez más, Lipset presentaba una tesis celebratoria de los Estados Unidos como una sociedad en desarrollo, que ofrecía tanto libertad política como independencia económica sin las trabas del feudalismo europeo o las culturas heredadas. Lo que me preocupaba entonces era, y es aún, si **La primera nación nueva** es algo más que una pura ilustración del capitalismo sin las trabas de la cultura medieval y la economía feudal.

Aparte de eso, la idea que estaba implícita en el concepto de primera nación nueva era una afirmación tácita de que los Estados Unidos podrían ser la **única** nación nueva. Como mínimo, los Estados Unidos se convertían en un unitario modelo de modelos, un faro de desarrollo para el resto del mundo, y en especial para América Latina. Todo el concepto de **The First New Nation** estaba organizado como el opuesto intelectual de la **Power Elite** de Mills. Lipset destacaba los valores norteamericanos expresados en la educación, la religión y el sindicalismo que Mills apartaba desdeñosamente como “los tres chicos”. Al omitir toda referencia importante de los intereses norteamericanos en el extranjero, **La primera nación nueva** se convierte en el modelo de desarrollo democrático. Además, el ascenso del militarismo, el centralismo económico y la burocratización política destacan por su ausencia. En tales circunstancias, el libro no sólo resulta tendencioso, sino que se basa en el supuesto algo frágil de que los **valores** de los Estados Unidos son idénticos a los **intereses** de los Estados Unidos. En último análisis, Lipset afirma que la conducta de los Estados Unidos es idéntica y en todo momento consonante con su sistema de creencias. A partir de ese punto de vista, la sustitución de la ideología por sociología era inevitable y fue total.

Pocos años después, Lipset desafió nuevamente las iras del desarrollismo, esta vez en un estudio de los valores empresariales en América Latina, **Elites in Latin America** (Lipset y Solari, 1967: 3-49). El postulado básico de su ensayo, así como el de muchas otras contribuciones a su colección, era la franca afirmación de que el desarrollo es consecuencia de la contribución empresarial —resultado de los esfuerzos del talentoso diez o veinte por ciento más adaptado, cualquiera que sea el caso. Lipset consideraba al desarrollo económico como la tarea exclusiva de la burguesía, y describía la frustración del desarrollo en América Latina en

términos de los defectos de la burguesía y de los valores del sector medio en general. Ni las masas revolucionarias ni las clases aristocráticas parecían pesar mucho en su análisis. Cualquier enfrentamiento de los problemas del imperialismo, el colonialismo o la dominación extranjera se evitaba mediante la recitación ritual de las virtudes y los defectos burgueses. El desarrollo era visto sólo en términos de desviación empresarial, nunca de acción política, marginalidad social o incluso criminalidad innovadora. Todo el peso de la responsabilidad por el actual malestar del hemisferio se hacía recaer directamente sobre los hombros de las **élites** latinoamericanas.

Por lo demás, en este concepto de **élites** de los negocios como única vanguardia del desarrollo, los problemas planteados por el ascenso del socialismo en el hemisferio occidental se evocaban escasamente y mucho menos se resolvían.

Mi respuesta a **Elites in Latin America** fue indirecta. Yo había llegado a creer que cualquier otro enfrentamiento, para tener algún mérito, debía indicar formas concretas de cambio y crecimiento social fuera del vórtice de la teoría de las **élites** de Lipset. Una obra mía, **Masses in Latin America** (1970), apuntaba directamente a las nociones planteadas por Lipset en **Elites in Latin America**. La tarea de edición del libro me dio un indicio de los dilemas que enfrenta la investigación en el extranjero, puesto que por cada diez estudios serios de las **élites** en América Latina sólo encontraba uno que se ocupara de las masas de la zona. Aprendí que el estudio de las masas es emprendido con frecuencia por los antropólogos de campo, muy lejos del campo de batalla ideológico que enmarcaba la obra de Lipset.

Mi propia obra trata de demostrar que el desarrollo puede producirse tanto desde abajo como desde arriba, tanto mediante la revolución campesina como mediante la innovación empresarial. Además, intenta probar que el desarrollo de América Latina ha sido frustrado no por la pereza de campesinos y proletarios, ni por una burguesía indiferente o indolente, sino por la conexión internacional de una burguesía latinoamericana **dependiente** con una norteamericana **dominante**. Según mi propia lectura de la sociedad latinoamericana, es precisamente el carácter pequeño-burgués del empresarialismo lo que en cierta medida frustra las ambiciones nacionales de muchas naciones latinoamericanas.

A nivel empírico, lo que hace falta para entender correctamente el proceso de desarrollo es un estudio de todas las clases y de todas las masas, no sólo de un delgado estrato de **élites**. De otra manera, se omite de la contabilidad social precisamente la forma como la estratificación —internacional e interna— retarda las posibilidades de desarrollo económico. Los problemas de intensidad de capital, sustitución de importaciones e industrialización

zación no pueden plantearse seriamente, y mucho menos resolverse, si sólo se examinan —sobre la base de su supuesta influencia y autoridad— los valores empresariales de un pequeño estrato económico de la población latinoamericana.

Un examen final del trabajo de Lipset apareció en una antología editada por John H. M. Laslett (1973). En esa ocasión, yo desarrollaba una crítica de la frecuente observación de Lipset (tomada del antiguo escritor socialista Leon Samson) de que una ideología izquierdista democrática había llegado a ser sinónimo de los contenidos sociales del americanismo. Esta afirmación equivalía a un imperativo categórico de que el liberalismo norteamericano clásico, respaldado por la opulencia económica, constituía el socialismo. Así, para Lipset, el verdadero contenido del socialismo ha sido expresado por los Rockefeller, los Ford y los Vanderbilt, antes que por marxistas perdidos como Debs o De León, y posteriores grupos marginales comunistas radicales. La proposición principal de Lipset es que el radicalismo, a pesar del senador Joseph McCarthy y su populismo de derecha, no fue tan frustrado y atacado por la derecha y sus contingentes policiales, como simplemente absorbido por el *ethos* más amplio de la sociedad capitalista norteamericana. Un reflejo de esta aseveración aparece en la peculiar lectura de Lipset del movimiento de McCarthy como vindicación, antes que violación, de la democracia norteamericana. Lipset niega al movimiento radical los frutos de su victoria, argumentando que sus adversarios conservadores siempre llegaron allí antes.

De nuevo, Lipset ofrecía una interesante hipótesis basada en la cooptación y absorción que minimiza —y en realidad niega— la idea de lucha de clases y conflicto racial en la sociedad norteamericana. Su sustitución de la idea de opulencia por la de equidad socioeconómica subvierte el contenido del socialismo. La tradición burguesa de búsqueda de la libertad aparece como idéntica a la tradición socialista de la búsqueda de la igualdad. Se podría sostener que el socialismo se ha visto parcialmente frustrado por el colapso de los modelos, por la desintegración del modelo socialista en Rusia, en China y en otras partes; pero afirmar que socialismo es lo mismo que el americanismo es no sólo despojar de significado a la búsqueda por la igualdad, sino también negar la realidad del capitalismo; de ese modo, se ataca tanto a la tradición burguesa como a la socialista. La negación de Lipset de la naturaleza del capitalismo es un intento de terminar la discusión y el debate sobre la naturaleza de la estructura social y el propósito moral del poder del Estado en el mundo.

Aún no he explorado la naturaleza de la sociedad canadiense en relación con la obra de Lipset, pero a medida que aprendo más acerca de la estructura de la sociedad canadiense, vuelven a

aparecer divergencias de opinión con él. Inferir que esas diferencias aparecerían eventualmente es una cosa, pero determinar su naturaleza exacta y explorar las auténticas ventajas conceptuales que podrían derivar de esa serie de divergencias anteriores, es otra bastante distinta. Este trabajo es un esfuerzo por convertir esas diferencias privadas en debate público.

Confieso que nunca he efectuado investigaciones de campo extensas o intensivas en el Canadá, como las realizadas por Lipset en una etapa anterior de su carrera para **Agrarian Socialism**. Pero durante la última década, he viajado a ese país por lo menos una vez al año para asistir a una conferencia, una mesa redonda o un encuentro profesional. Como resultado de esos viajes, mi conocimiento del Canadá, aunque reconocidamente imperfecto, me ha puesto en contacto con una vasta literatura sobre macrosociología canadiense, que abarca de Terranova a Vancouver. Mi primera irrupción en la sociología canadiense fue un comentario sumamente elogioso en la **American Sociological Review** (1966) sobre **The vertical mosaic** de John Porter —quien hasta hoy considero un clásico de la literatura de las ciencias sociales.

El destino quiso que se plantearan bastantes problemas respecto a mi elogio del texto de Porter como acerca de mis críticas a otros libros. Desde la publicación de esa reseña he adquirido, en las universidades del Canadá, una aguda conciencia de la vida social y política, así como de las respuestas de los canadienses a la denuncia y la autodenuncia. En consecuencia, me siento bastante seguro al enfrentarme a las cuestiones planteadas en el reciente ensayo de Lipset, **Revolution and Counter-Revolution: The United States and Canada**.

Irónicamente, cuando leí por primera vez el libro en el que aparece su ensayo, no aprecié el grado en que su título, **Revolution and Counter-Revolution**, deriva del ensayo sobre el Canadá, porque de lo que trata es del supuesto de que la vida nacional del Canadá, en contraste con la de los Estados Unidos, emanó de la contrarrevolución, del mantenimiento de la fidelidad a la corona británica. Así, el Canadá ofrecía una opción contrarrevolucionaria mientras se llevaba a cabo la revolución norteamericana y después, cuando se estaba consolidando la victoria.

El propósito del estudio de Lipset es demostrar que el nacionalismo canadiense actual, en especial en su intensa animosidad contra los Estados Unidos, no representa un impulso de la izquierda, sino uno contrarrevolucionario de la derecha. Una vez más, Lipset aporta una hipótesis provocativa, que si es aceptada, arrojará luz sobre la efectiva relación de las fuerzas existentes en el Canadá por la conversión (en teoría) de la lucha por la independencia económica nacional en otra por la reacción política.

Esto no significa que haya faltado apoyo canadiense a Lipset para su tesis empresarial. En realidad, las opiniones de Lipset derivan en gran parte de fuentes canadienses, las que inevitablemente comparten la fe en la conexión continental (con los Estados Unidos) y una común animosidad por la conexión imperial (con Inglaterra). De modo más tajante, los intelectuales que se oponen al vínculo con Inglaterra tienden a considerar el enfoque continental como un baluarte contra la penetración británica; los que rechazan a los Estados Unidos se inclinan a pensar en Inglaterra como en una fuente de apoyo y sustento ideológico.

Sin embargo, la situación es considerablemente más compleja de lo que parece en esta formulación. El ataque a la conexión continental no constituye necesariamente una defensa de la conexión imperial; bien puede ser el reclamo de autonomía e independencia abierto a naciones geográficamente grandes que siguen siendo potencias económicamente pequeñas, como son el Canadá en América del Norte y el Brasil en América del Sur.

Lo que se encuentra en el Canadá es una tríada de proporciones inestables, aunque de gran escala: existe la conexión imperial —que efectivamente vincula al Canadá a una tradición contrarrevolucionaria y a una posición económica dependiente—, así como una tradición continental, que vincula al Canadá inglés a los Estados Unidos y también a una posición económica dependiente —aunque muy diferente de, por ejemplo, la relación entre los Estados Unidos y Guatemala. Finalmente, hay una conexión francesa en la que el Canadá se bifurca, y que es vista no como una entidad por sí misma, sino como una extraña amalgama de etnicismo y religiosidad, desgarrada entre la dominación protestante inglesa y la sumisión católica francesa. Por su parte, los nacionalistas franceses no consideran viables las conexiones imperial ni continental, sino que buscan el desarrollo de varios Estados nacionales dentro de un mosaico canadiense más vasto.

Pero el aspecto que muchos observadores consideran común a las tres conexiones es que éstas se basan en un modelo de centro y periferia, de predominio cosmopolita y atraso del interior en el que el problema del colonialismo interno se vincula al del colonialismo externo. Es por ello que la experiencia canadiense puede ser percibida como un fenómeno dialéctico en el que el objetivo de la igualdad es frustrado por el doble lazo de los intereses de negocios extranjeros dominantes, así como los de negocios canadienses de menor envergadura, que se vuelven hacia adentro antes que aceptar el desafío del coloso norteamericano. Sin evaluar, a esta altura, los méritos de la discusión centro-periferia, es evidente que se halla en el polo opuesto al de la discusión revolución-contrarrevolución de Lipset.

Es curioso que cada uno de los diversos problemas planteados en mis críticas anteriores de la obra de Lipset reaparezcan con respecto a su punto de vista sobre el Canadá. En primer lugar, su posición referente al fin de la ideología lo lleva a denigrar —si no a ignorar por completo— el **status** actual de las comunidades separatistas de habla francesa de Quebec. En segundo, el concepto de “primera nación nueva” le es muy útil, en cuanto el Canadá pasa a ser considerado como una fuerza contrarrevolucionaria contra la “primera nación revolucionaria”, a pesar de sus similitudes con los Estados Unidos en cultura, modo de ser y costumbres. Tercero, la discusión sobre **élites** y empresarios es utilizada por Lipset tanto para el Canadá como para América Latina, lo que conduce a la conclusión empíricamente cuestionable de que la ausencia de una **élite** empresarial arrolladora desembocó en una disminución de los beneficios apropiados por la burguesía canadiense. Cuarto: la burguesía canadiense, al igual que su contraparte latinoamericana, es considerada como explotada por una aristocracia heredada por la derecha y por un proletariado atrasado heredado por la izquierda. Quinto: la noción de Lipset del socialismo, como equivalente al contenido social del americanismo, le permite inferir que la animosidad que en la actualidad muchos canadienses experimentan hacia los norteamericanos se basa en antagonismos conservadores, debido a que —según él— los Estados Unidos son todavía revolucionarios.

Lo que tenemos, pues, es una **gestalt** sociológica perfectamente coherente, extendida en el tiempo y en el espacio y que es claramente enfocada en su análisis del Canadá.

De esta forma, las obras de Lipset sobre el Canadá moderno merecen ser vistas como parte de esa **gestalt** más amplia y de una apología de la sociedad norteamericana que tal vez sea la más refinada que haya surgido en la ciencia social occidental. Así, la comprensión de los contenidos y lineamientos de su posición se convierten en un desafío doble, a nivel empírico y teórico.

II. Elaboración y oposición de la tesis empresarial en el contexto canadiense

La posición que Lipset asume en **Revolution and Counter-Revolution** puede reducirse a cuatro tesis, basadas en datos de cuatro tipos. El sumario siguiente tiene la finalidad de evitar cualquier posibilidad de malentendido o mala interpretación de la tesis empresarial en el contexto canadiense.

La primera tesis consiste en que se reproduce el tema del conservadurismo canadiense al afirmar que los valores canadienses, derivados de su relación especial con Inglaterra, perpetúan en el

Canadá un conservadurismo del viejo mundo. Una especie de prueba de esta afirmación son los datos referentes a niveles menores de matriculación educativa en las universidades canadienses, que indican que menos del 10 por ciento de un grupo de entre 20 y 24 años, comparado con el 30 por ciento en los Estados Unidos, estaba matriculado en instituciones de enseñanza superior en 1960. El supuesto es que las elevadas posibilidades educacionales favorecen la movilidad elevada.

Una segunda información se refiere al número superior de policías de los Estados Unidos con respecto al Canadá —más de diez veces mayor, en cantidad efectiva bruta. Pero —y esto es muy interesante— si consideramos la proporción por 100 000 habitantes, el nivel de fuerza policial sólo es ligeramente superior en los Estados Unidos que en el Canadá.

Lipset cita también un tercer tipo de datos referente a los delitos procesables, que indican que en toda una serie de delitos punibles —del homicidio al hurto, la falsificación, el fraude y el robo—, el promedio de los Estados Unidos es más del triple respecto al del Canadá. Este hecho también es considerado como índice del conservadurismo canadiense, dado que se supone que la criminalidad elevada es una función de los fuertes impulsos desarrollistas, y la baja, del conservadurismo. Lipset no explica cuál es el isomorfismo entre el conservadurismo político y el desarrollismo económico.

La segunda hipótesis se refiere a la contrarrevolución canadiense como función del carácter eclesiástico de las religiones predominantes en el Canadá, que presumiblemente han inhibido el desarrollo de un énfasis igualitario y de realización, característico del pluralismo religioso de los Estados Unidos.

Los datos fundamentales para esta afirmación son estadísticas de divorcios, que revelan que la tasa de divorcios en el Canadá —por lo menos hasta 1960— era un 20 por ciento menos que la de los Estados Unidos; por lo tanto, el matrimonio como función del conservadurismo pasa a ser la variable causal subyacente que explica ese conservadurismo religioso. Como se explicará más adelante, ese cuadro ha sido modificado considerablemente por una significativa liberalización de la legislación canadiense referente al divorcio. Además, es dudoso que, por sí solas, las tasas de divorcio —que no reflejan las tasas de abandono y separaciones no legales— puedan realmente expresar las diferencias entre las pautas matrimoniales de dos países. También es posible que el proceso de fragmentación de la religión canadiense —al mismo tiempo que en los Estados Unidos la religión está pasando por un periodo de intensa amalgamación— modifique más aún la hipótesis de Lipset.

En su tercera tesis, Lipset afirma que el Canadá se halla muy arriba en una escala de autoridad civil y muy abajo en la de autonomía personal, mientras que los Estados Unidos se encuentran arriba en una escala de autonomía de frontera y abajo en la de autoridad civil. La evidencia que sustenta esta hipótesis tiene cierta calidad misteriosa, pero es presentada en forma coherente: primero, que la Real Policía Montada del Canadá fue investida de autoridad ilimitada en el Oeste (aunque dudo seriamente que haya tenido más autoridad que los Rangers de Texas en una etapa algo anterior de la historia de la frontera de los Estados Unidos), y que también es prueba de conservadurismo el hecho de que "no hubo vigilantes ni masacres de indios en la frontera minera canadiense".

Presumiblemente las masacres y la presencia de vigilantes son un signo de autonomía y rudo individualismo, o al menos anticipan la conversión de tierras vírgenes en territorio industrial. El último dato, que en este caso es más cualitativo que cuantitativo, es el supuesto de que el separatismo de la frontera canadiense fue percibido como una amenaza a la integridad del Canadá, mientras que la colonización de la frontera en los Estados Unidos nunca fue contemplada como una amenaza de secesión, y por lo tanto nunca fue objetada por la administración central.

La cuarta tesis es fundamentalmente la hipótesis contrarrevolucionaria como tal, y sostiene que en el Canadá el toryismo colonial hizo su segunda tentativa de erigir una estructura social según el modelo inglés. Así, el antiamericanismo del Canadá se vincula, en términos tradicionales, al conservadurismo tory.

Lipset afirma que la continuada fidelidad canadiense a la monarquía británica contribuyó a dar en ese país un mayor sentido de legitimidad a las distinciones jerárquicas que en los Estados Unidos: "La identidad canadiense es el producto de una contrarrevolución victoriosa, y en cierto sentido, debe justificar su *raison d'être* enfatizando las virtudes del estar separado de los Estados Unidos." Además, se afirma que en la actualidad los izquierdistas son más antinorteamericanos y probritánicos que los derechistas, aunque no se presenta ninguna prueba del sentimiento probritánico de la izquierda canadiense.

El aspecto final de la cuarta tesis es que la identidad canadiense se basa en puntos de referencia externos, Inglaterra y los Estados Unidos, mientras que la norteamericana carece de ellos, y más bien considera a su ideología democrática de izquierda como sinónimo del contenido social del americanismo mismo.

Creo que ésta es una presentación justa de las principales posiciones del estudio de Lipset, basándose todas ellas en la idea de que la estructura social y los valores personales están interrelacionados y, en realidad, en interacción. En el análisis de Lipset,

los valores están a la par de las estructuras, de ahí que el movimiento de su análisis de medidas cuantitativas a cualitativas, y de juicios sobre la condición psicológica a afirmaciones sobre diferenciales económicas, no se vea inhibido por marcos deterministas con respecto a las secuencias causales.

La obra de Lipset sobre el Canadá no ha pasado desapercibida para los críticos. Aunque el volumen de la crítica es escaso, su calidad ha sido notable. La primera crítica se refiere fundamentalmente al primer esfuerzo de Lipset, *Agrarian Socialism*, que trata sobre la Cooperative Commonwealth Federation (CCF) de Saskatchewan, que durante mucho tiempo ha sido presentada como el primer régimen socialista en América del Norte. Una crítica hecha por John W. Bennett y Cynthia Krueger arroja serias dudas sobre el tipo de definiciones ideológicas que Lipset parece tender a generalizar. Las principales proposiciones de su crítica pueden resumirse en la siguiente forma:

1. El socialismo de Saskatchewan puede entenderse mejor como pragmatismo agrario, puesto que la masa de agricultores nunca fue convertida a los principios o la política socialista. Jamás hubo amenazas de nacionalización o colectivización.

2. Ese socialismo de la pradera es en realidad parte de un cooperativismo sólido, que tradicionalmente lo ha sido en esa región (tanto en el Canadá como en los Estados Unidos). Y esos movimientos cooperativistas no propugnan un desvío fundamental del capitalismo; aceptan los beneficios y la empresa privada, y sólo buscan extender beneficios capitalistas, tales como la asistencia médica, a grupos mayores.

3. Lipset consideró erróneamente a esta fuerza de la CCF como una tendencia izquierdista, cuando de hecho su apoyo era pragmático en gran medida. Fuese izquierdista o derechista la retórica ideológica, la principal preocupación de los agricultores siempre ha sido pragmática.

4. El socialismo es en esencia una ideología industrial, mientras que el cooperativismo de Saskatchewan es básicamente una ideología agraria. Y la cultura rural tiende a ser antiburocrática e individualista. En este sentido, la victoria de la CCF fue fundamentalmente una expresión de esos instintos conservadores —pero siempre pragmáticos en gran parte— de los agricultores.

5. El marco anti-Lipset es corroborado por el hecho de que el gobierno liberal cambió muy poco en las políticas y programas instituidos por la CCF. No hubo indicios de una reacción legislativa drástica ni de antagonismo popular hacia el socialismo. Así, a diferencia de la idea de Zakuta (1964: 141-152) de "movimiento de protesta sosegado", el cooperativismo de la CCF simplemente se institucionalizó. Pero el fin del socialismo no fue el fin de la

ideología en el Canadá, sino sólo el de una fase de pragmatismo de la pradera.

La segunda crítica, realizada por Tom Truman (1971: 497-525), se relaciona más directamente con el tema de la revolución y contrarrevolución, y con el análisis y la caracterización de amplio alcance de Lipset. Truman es muy hábil en lo que podría llamarse análisis intrínseco —tomando como dato (aunque sin comprometerse con él) la posición de Lipset con respecto a las **pattern variables** y/o las dimensiones de valor en la ubicación de las diferencias entre los Estados Unidos y el Canadá. La esencia de su crítica puede resumirse así:

1. Si se toma como base de la comparación el porcentaje de la renta nacional destinado a la educación en lugar de toscas mediciones de la asistencia a institutos de enseñanza superior, el Canadá más bien sobrepasa a los Estados Unidos en el impulso de desarrollo.

2. Si se utiliza como medida del igualitarismo una tan idiosincrática como es el fracaso del liberalismo político, debe señalarse que es una falacia suponer que el Canadá heredó sus resguardos legales de la tradición inglesa. En realidad, el depurado arte de la caza de brujas comunistas del gobierno de Menzies demostró ser el equivalente del fenómeno macarthysta en los Estados Unidos.

3. Con respecto a las estadísticas de criminalidad, es decir, los crímenes y homicidios como síntomas de impulsos de desarrollo, Truman parece aceptar las cifras de Lipset, con el argumento de que la elevada criminalidad de los Estados Unidos se relaciona con las circunstancias especiales de su historia: el racismo, el monetarismo, las diferencias de ingreso que prevalecen entre pobres y ricos y la sabiduría convencional acerca del crimen; mientras que la sociedad canadiense muestra una mayor propensión al organicismo y la integridad, y sus indicadores económicos presentan menos extremos capitalistas.

4. Las diferencias entre el Canadá y los Estados Unidos residen en un concepto de igualdad definido en forma estrecha. Para Truman, el fracaso del socialismo en los Estados Unidos no se vincula tanto a la incorporación de ese sistema en un **ethós** democrático como a la transición de una sociedad de control agrario a una de control de "cuello blanco". En esa situación, la clase proletaria nunca pudo formar un movimiento político de masas para alcanzar sus propios fines, como ha sucedido en mayor grado con el New Democratic Party en el Canadá y con los Partidos Laboristas de Inglaterra y Australia.

5. Un factor muy significativo que Truman señala —y que me temo que con demasiada frecuencia es excluido del cómputo en este asunto de los valores— es el papel de la Segunda Guerra

Mundial en la democratización de los objetivos y ambiciones canadienses. En parte, Truman reconoce un apoyo irreflexivo a Inglaterra, que condujo a una inmovible participación en la conflagración, pero también señala, y me parece que correctamente, cómo la guerra modificó las aspiraciones canadienses, de un papel de minoría dependiente a otro de unidad y paridad. En otras palabras, extrapolarlo algo de la argumentación de Truman, el fenómeno de la guerra tuvo sus propias tendencias niveladoras, y no se debería exagerar la tensión "contrarrevolucionaria" de la conexión británica.

6. El último punto es que el Canadá nunca fue simplemente británico. Esta hipótesis se aplica en una situación norteamericana en la que un enclave de habla francesa se halla subordinado al dominio de habla inglesa, el que a su vez está subordinado a la hegemonía de los Estados Unidos. Las relaciones entre el centro y la región interior son en realidad más semejantes a un orden de poder en disputa. Y ese orden en disputa, más que cualquier dialéctica abstracta de revolución y contrarrevolución, es el núcleo de las principales diferencias entre los Estados Unidos y el Canadá.

Una tercera crítica, más reciente, busca extender el trabajo de Truman atacando los supuestos teóricos y metodológicos de Lipset, en lugar de sólo cuestionar los datos en que se basan sus descubrimientos. Esencialmente, John Shiry (1973) sostiene que los indicadores que utiliza Lipset no miden los valores de una población, y en realidad no los de la población canadiense. Si bien su análisis se extiende mucho más allá de la obra de Lipset y enfoca con el mismo interés los supuestos "elitistas" de S. D. Clark y, en parte, John Porter, reconoce a Lipset como a quien dio origen a buena parte de la discusión de ese tipo. Su crítica se basa en las siguientes categorías:

1. La idea de que los gastos educativos pueden ser considerados como indicador del sistema de valores masivos de una nación es una falacia, ya que supone un modelo político de participación del ciudadano que es falso en gran medida, y que está basado en razonamientos tautológicos y argumentos circulares.

2. Los valores masivos alcanzan mucho más allá de los límites de la expresión prohibida, y por lo tanto no pueden medirse a través del uso acrítico de datos de conducta. Así, no es posible concebir los valores como básicos o últimos, a la manera de Lipset, sino como derivados de la peculiar estructura de oportunidades existente en el Canadá. En resumen, los valores no son espíritus incorpóreos, sino creencias que adquieren importancia sólo dentro de un arreglo institucional bien definido.

3. Un aspecto que Lipset y sus huestes no comprenden es que el estudio de los valores debe extenderse a un análisis de las

fuentes históricas de la desigualdad, a los mecanismos de control social, más que a la psicología social. Bien podría ser que el estudio directo de los valores no fuera de ningún provecho en la adquisición de conocimientos sobre las estructuras sociales.

4. Shiry sostiene que es un grave error suponer que los niveles de gasto en la educación, el tamaño de la fuerza policiaca, las tasas de criminalidad, el porcentaje de divorcios o incluso el nivel de inversiones sean productos finales de un determinado conjunto de valores masivos. Es más probable que sean respuestas de **élites** a un conjunto de exigencias y limitaciones institucionales.

Un problema serio del total rechazo de Shiry del análisis de los valores es que también se presta a la acusación de elitismo. Shiry afirma que no es razonable estudiar la socialización masiva hacia orientaciones que supongan un grado de compromiso político activo. Pero si ése es el caso, ¿qué hacer con la interacción de masas y **élites**? ¿Shiry no supone el dominio elitista de todas las decisiones clave, prescindiendo de y sin respuesta de los intereses de las masas tal como se expresan en los valores de éstas? Evidentemente, una cosa es abogar por un estudio más intenso de la administración elitista de las instituciones que determinan la industrialización y empaquetan los valores de masas, y otra muy diferente negar la existencia de tales presiones de masas en forma de valores. En otras palabras, aunque aceptemos la acusación de la necesidad de un estudio de la conducta de las **élites**; eso no impide realizar otro de la conducta de las masas. Del mismo modo, no son las **élites** las únicas que tienen instituciones; también las masas las tienen, así como poseen partidos políticos y sindicatos. Así, lo que hace falta es efectuar un análisis dialéctico mayor, y no simplemente dedicar más atención a las **élites** —que después de todo, han sido ampliamente estudiadas por académicos como Porter y Clark, entre otros.

Sin desear en modo alguno censurar los esfuerzos anteriores por abordar la posición de Lipset, ni adoptar la postura corriente —pero no por eso menos indecorosa— de suponer la necesidad de ir “más allá” de las críticas ya hechas, efectivamente resta una serie de consideraciones que requieren ser examinadas. Y el paralelismo único de esfuerzo, si no de ideología, entre Lipset y yo —desde los temas de desarrollo en el estudio de campo hasta el tema del consenso y el conflicto en la teoría sociológica— fomentará quizás el surgimiento de una serie de observaciones que espero se agreguen —y no se opongan— a los esfuerzos analíticos anteriores.

III. Carácter nacional, valores sociales y datos canadienses

El análisis del carácter nacional es asunto traicionero y, como lo han aprendido los antropólogos de campo, puede revelar más sobre el analista que sobre los analizados. Ese análisis de carácter es compuesto cuando se trata de juicios sobre sociedades enteras, en particular, sociedades complejas. Lipset, naturalmente, conoce esas dificultades. Para minimizar su efecto emplea las categorías dicotómicas llamadas análisis de **pattern variables**, proyectadas por Parsons (universalismo-particularismo/logro-atribución/orientación personal-orientación colectiva), y añade a éstas su propia categoría polarizada: igualitarismo-elitismo.

En realidad, éste es el reconocimiento más explícito de Lipset sobre su deuda con el maestro del macrofuncionalismo norteamericano. Pero el enfoque de Parsons se basa en la sustitución del análisis de valores por el de intereses; específicamente, tiende a enfatizar las diferencias respecto a ideales e inspiraciones tal como se traducen en oportunidades educacionales y sociales, y a minimizar y degradar de forma drástica las diferencias que pueden existir entre clases económicas, secciones geográficas, grupos étnicos y lingüísticos, así como entre el ejercicio del poder provincial y nacional. En una nación como el Canadá, donde las delimitaciones más marcadas existen precisamente en esos términos, proceder a un análisis de **pattern variables** significa la supresión abierta o tácita de información clave, o elevar el nivel de la discusión a un grado de abstracción tan alto que algunos datos desperdigados podrían legitimar **a priori** cierto tipo de especulaciones teóricas.

Lipset logra hacer ambas cosas: por ejemplo, limita su discusión al Canadá británico y excluye al Canadá francés (y por lo tanto no examina de forma efectiva los grados en que la identidad canadiense, incluyendo a la identidad de los valores, existe en su conjunto). También realiza deducciones muy amplias sobre niveles de orientación de logro a partir de los datos más tenues referentes a la enseñanza superior canadiense. (Así, sólo da por supuesto que la enseñanza superior es función de aspiraciones económicas elevadas —lo cual ya no parece tan cierto en los Estados Unidos, y mucho menos en el Canadá.) Por lo tanto, nos hallamos en medio de un análisis idealista, no sociológico. Como consecuencia de ello, la crítica de Lipset debe efectuar dos cosas simultáneamente: indicar cómo difieren la realidad y la idealidad, y también, cómo incluso a nivel de ideales (léase teoría de los valores) existen explicaciones alternativas no sólo posibles, sino preferibles.

La noción de Lipset de una reacción del Canadá hacia los Estados Unidos generada por la contrarrevolución y el manteni-

miento de la fidelidad al Imperio británico sólo es parcialmente correcta. Hay otro aspecto descrito por Ramsay Cook (1971: 51) que ofrece una visión más dialéctica de esa relación canadiense de amor/odio, basada en una paradoja no resuelta entre el deseo de unidad cultural del mundo de habla inglesa, en contraste con el deseo de plena autonomía canadiense.

Las raíces de la paradoja se remontan hasta los inicios del Canadá de habla inglesa, a los tiempos de los monárquicos. Los monárquicos siempre han sido un enigma para los historiadores, porque eran **norteamericanos** que abandonaron los Estados Unidos. Algunos autores —generalmente nacionalistas liberales, como Dafoe— destacan su condición de norteamericanos. Otros... insisten en el antinorteamericanismo de los monárquicos. Es seguro que ambos énfasis son correctos, pero no enteramente contradictorios. Los monárquicos, y sus sucesores sentían una actitud de amor y odio a la vez hacia los Estados Unidos: la revolución había socavado la tradición británica, pero, sin embargo, los Estados Unidos seguían siendo la patria. En esto su actitud era típica de los exiliados de revoluciones y no difería de la actitud de los francocanadienses hacia la Francia postrevolucionaria. En la "tradición monárquica" canadiense la paradoja conservó su fuerza, y tal vez explique la amargura de muchas de las críticas canadienses a los Estados Unidos —es la amargura del rechazado. Subyace a ella un profundo anhelo de reunificación del mundo de habla inglesa, la reunificación de la familia, pero también el reconocimiento de que uno de sus miembros, el hijo pródigo, ha cambiado demasiado fundamentalmente para adaptarse a las costumbres tradicionales de la familia. Eventualmente volvió al hogar, aunque tarde, y ello explica tal vez la desusada confianza en sí mismos de los nacionalistas anglocanadienses durante las dos guerras mundiales. Al final de cada una de esas guerras, volvió a irse por su lado.

Porter, aunque más cerca de Lipset que Cook, también ofrecía una explicación dialéctica del conservadurismo canadiense como un fenómeno arraigado en una fuerte diferenciación étnica que "sólo puede resultar en esas perdurables lealtades duales que impiden el surgimiento de cualquier identidad canadiense clara" (Porter, 1965: 558). En consecuencia, no necesariamente sólo la conexión imperial explica la abnegación del Canadá, sino que también interviene la fragmentación étnica. Pero, como tantas otras cosas, lo escrito hace menos de una década hoy parece obsoleto, y estoy seguro de que Porter estaría de acuerdo.

La experiencia canadiense revela fuertes lazos de amistad con los Estados Unidos. en el mismo momento en que son mayores las

expresiones de hostilidad. Pero lo que Lipset olvida es que el Canadá, a lo largo del siglo xx, se ha encontrado en una relación de cohesión con los Estados Unidos en todas las situaciones militares. Tanto en la Primera Guerra Mundial como en la Segunda, e incluso en algunas de las miniguerras de los Estados Unidos, el apoyo canadiense ha sido vital. De la literatura canadiense se desprende la clara impresión de que el impacto de las guerras ha sido mayor en el Canadá que en los Estados Unidos, no sólo por la cohesión temporal que esos conflictos han dado a una unión de habla inglesa; además de eso, por un sentimiento de participación no en actividades contrarrevolucionarias sino en la lucha internacional por la democracia. En resumen, no debe exagerarse la animosidad canadiense hacia los Estados Unidos, específicamente a la luz moderadora de la historia del siglo xx, en el cual el Canadá y los Estados Unidos estuvieron aliados con Inglaterra en sus principales luchas y triunfos.

Los datos que aduce Lipset en defensa del tradicionalismo canadiense derivan en proporción considerable de estadísticas de matrimonios y divorcios. Aquí es necesario plantear varias cosas: primero, si el divorcio es una verdadera medida del liberalismo, puesto que muchas separaciones terminan en nuevos matrimonios (más o menos alrededor de tres cuartas partes de todos los primeros matrimonios que se divorcian vuelven a contraer nupcias), con el consiguiente reforzamiento de valores conservadores tradicionales. Observándolas por segunda vez, las estadísticas canadienses tienden a rebajar el número de divorcios en el Canadá francés católico, al mismo tiempo que no toman en cuenta los abandonos y separaciones sin divorcio legal —práctica corriente tanto en el Canadá francés como en el inglés antes de las leyes de divorcio de 1967-68. Finalmente, esas mismas leyes de divorcio, al llegar como lo hacen —en forma tardía, aunque sí nacional— se han inclinado a promover la idea de la aplicación del divorcio no sólo por causa de infidelidad, sino también por razones más liberales que hoy se aducen y practican en algunas entidades de los Estados Unidos. El informe de 1967 de la Comisión Real, que llevó a la promulgación de las nuevas leyes de divorcio de 1968, deja bien claro que la actitud del Canadá con respecto al divorcio, es por lo menos igual a la de los Estados Unidos. Los datos sobre cifras y tasas de divorcio antes y después de la nueva legislación revelan en forma dramática esa recién descubierta “liberación” privada canadiense.

La información manifiesta —aun cuando se acepten los criterios de Lipset de que las tasas de divorcio elevadas promueven valores de secularización y finalmente de desarrollo— un decrecimiento de la grieta entre los Estados Unidos y el Canadá con respecto a la reglamentación del divorcio. Aquí, como en otras

partes, los datos demuestran que las diferencias entre el Canadá y los Estados Unidos, a nivel de valores, se enmarcan mejor en términos de retraso cultural que en términos de diferencias de valores polarizadas o cosificadas.

CUADRO 1

CIFRAS Y TASAS DE DIVORCIO: PERIODOS QUINQUENALES
1871-1970: CANADÁ

	Periodos quinquenales	Divorcios conce- didos. Promedios anuales	Divorcios por 100 000 habitantes	Divorcios por 100 000 habi- tantes casados
	1871-1875	3	0.08	
	1876-1880	6	0.1	
Época "victoriana"	1881-1885	10	0.2	
	1886-1890	11	0.2	
	1891-1895	12	0.2	
	1896-1900	11	0.2	
	1901-1905	22	0.4	1.2
	1906-1910	39	0.6	
Primera Guerra Mundial	1911-1915	55	0.7	2.1
	1916-1920	215	2.6	
	1921-1925	539	6.0	15.9
	1926-1930	768	7.8	
	1931-1935	1 016	9.8	26.1
Segunda Guerra Mundial	1936-1940	2 013	18.0	
	1941-1945	3 548	30.2	76.8
	1946-1950	6 877	53.0	
	1951-1955	5 811	39.1	92.8
	1956-1960	6 498	38.2	
Nueva ley de divorcio	1961-1965	7 723	40.8	96.3
	1966-1968 ¹	10 916	53.5	125.2
	1969 ²	26 079	123.8	298.8
	1970 ²	29 063	136.0	333.1

1 Promedio de tres años.

2 Cifras de años individuales.

FUENTES: Número anual de divorcios tomado del *Canada Year Book*, 1921, tabla 40, p. 285; datos inéditos recibidos de Statistics Canada. Datos de población basados en los años de censo y, cuando existían, en cálculos intercensales de población. Estoy en deuda con Robert Pike, quien reunió estos datos de su propio trabajo en elaboración.

Los datos referentes a criminalidad y homicidios revelan una tendencia igualmente marcada hacia el cierre de la "grieta cul-

tural". La tasa de criminalidad del Canadá, aunque aún se encuentra considerablemente por debajo de la de los Estados Unidos, se explica mejor por la ausencia de los extremos de riqueza y pobreza existentes en los Estados Unidos que por la tesis desarrollista. Tanto la pobreza como la opulencia visibles son mucho menores en el Canadá, y el agrupamiento de las clases trabajadoras o medias es mucho más notable. Si a eso se agrega la ausencia de luchas raciales en gran escala, buena parte de las diferencias de criminalidad pueden explicarse sin necesidad de referirse a la hipótesis desarrollista.

Sin embargo, es interesante observar el cambio ocurrido en la década 1962-1972, tanto en las tasas como en la velocidad del crimen en el Canadá, porque aunque tomemos la idea de desviación empresarial como medida de desarrollo, los canadienses, aparentemente, están bastante arriba de esa escala. Cabe reconocer que es algo peculiar aducir datos de tasas de criminalidad y su aumento como expresión de elevado desarrollo, o como esa especie de dislocación que ocurre en la interacción personal que puede promover un desarrollo elevado. Sin embargo, si lo tomamos como una medida verdadera, los canadienses pueden con todo derecho esperar igualdad en el desarrollo en el próximo periodo.

Un golpe serio a la tesis desarrollista de Lipset con respecto al crimen lo constituye el hecho de que la discrepancia en los datos entre los Estados Unidos y el Canadá es mucho mayor para crímenes violentos (que no tienen nada que ver con la innovación del desarrollo) que para los no violentos de lucro.

CUADRO 2

DELITOS SELECCIONADOS CONOCIDOS POR LA POLICÍA
EN EL CANADÁ Y EN LOS ESTADOS UNIDOS, 1966

(Tasas por 100 000 habitantes)

Canadá*		Estados Unidos**	
Violaciones	3.3	Violaciones forzadas	12.9
Asaltos	28.5	Asaltos	78.3
Robos con escalo	510.3	Robos con escalo	699.6
Hurtos (+ y - de 50 dólares)	1 330.6	Hurtos (+ y - de 50 dólares)	1 520.4
Robos de vehículos	198.1	Robos de vehículos	284.4

* Basado en: Dominion Bureau of Statistics: *Crime Statistics*, 1966, p. 16, y en estadísticas censales del Dominion Bureau of Statistics.

** Federal Bureau of Investigation. *Uniform Crime Reports*, 1966, Washington. Imprenta del Gobierno de los Estados Unidos, 1967, pp. 58 y 110.

Hasta las tasas de crímenes violentos han aumentado rápidamente en el Canadá en los últimos años, como lo indica el cuadro 3 (extraído del Dominion Bureau of Statistics). Sólo hace falta agregar que es bastante imaginativo, y en realidad idiosincrático,

CUADRO 3

NÚMERO DE ASESINATOS COMUNICADOS POR LA POLICÍA AL DBS¹ Y TASA DE HOMICIDIOS² POR CADA 100 000 HABITANTES DE MÁS DE 7 AÑOS DE EDAD,³ CANADÁ, 1954-1970

Año	NÚMERO		TASA	
	Asesinatos comunicados al DBS	Muertes por homicidio	Asesinatos comunicados al DBS	Muertes por homicidio
1954	125	157	1.0	1.2
1955	118	158	0.9	1.2
1956	131	171	1.0	1.3
1957	129	165	0.9	1.2
1958	153	198	1.1	1.4
1959	141	167	1.0	1.2
1960	190	244	1.3	1.6
1961	185	211	1.2	1.4
1962	217	249	1.4	1.6
1963	215	240	1.4	1.5
1964	218	238	1.4	1.5
1965	243	255	1.5	1.6
1966	220	249	1.3	1.5
1967	281	309	1.6	1.8
1968	314	328	1.8	1.8
1969	342	375	1.9	2.1
1970	430		2.3	

1 De 1954 a 1960 se han realizado ajustes en cifras previamente publicadas como resultado de la revisión de cifras del RCMP y OPP relativas a delitos de homicidio conocidos por la policía, pero no se han efectuado más por la falta de comunicación del QPF en esos años. Desde 1961 hasta la fecha, el QPF comunicó al DBS los asesinatos de su conocimiento y las técnicas de recolección de datos fueron mejorados.

2 Las muertes por homicidio, según se registran oficialmente en los certificados de defunción provinciales comunicados al DBS, **incluyen** asesinatos, infanticidios, homicidios no accidentales, agresiones (por cualquier medio) y envenenamientos (por otra persona); **excluyen** homicidios, agresiones y envenenamientos declarados accidentales en la encuesta, homicidios resultantes de la intervención policiaca y ejecuciones legales. Las muertes se clasifican por residencia, por lo que las cifras anteriores **incluyen** las de ciudadanos canadienses residentes en los Estados Unidos, pero **excluyen** las de extranjeros residentes en el Canadá.

3 El índice de población fue tomado del Censo del Canadá de 1956, 1961 y 1966; para los demás años, de los cálculos intercensales oficiales del DBS.

basarse en tales indicadores para demostrar que el Canadá se encuentra en proceso de desarrollo o de democratización, o ambas cosas.

Si pasamos a los datos referentes a religión y cultos religiosos, se pone de manifiesto una tendencia similar al cierre de la grieta cultural. En primer lugar, según los datos generales, la proporción entre protestantes y católicos no es tan distinta en el Canadá como en los Estados Unidos. La diferencia es una proporción muy alta de católicos de raza francesa y protestantes anglosajones. En otras palabras, la diferencia en porcentajes brutos no es tan grande como la grieta entre católicos y protestantes, según líneas tanto étnicas como religiosas.

Pero aun aquí las semejanzas entre ambas naciones son bastante notorias. Las tasas de asistencia son paralelas, la ausencia de fanatismo es común a los dos países y, por encima de todo, ambas naciones han experimentado el pluralismo religioso.

Una nueva afluencia de inmigrantes, después de la Segunda Guerra Mundial, condujo a las costas canadienses a muchas gentes representantes del judaísmo, la iglesia ortodoxa griega, las religiones de la India, etcétera. En todo caso, la idea misma de mosaico antes que de crisol, es una indicación de la pequeñez del poder de arrastre o la compulsión existente en la vida eclesiástica canadiense, de modo que, en realidad, los datos por sí solos no dicen mucho acerca de la diferencia entre el tradicionalismo canadiense y el modernismo norteamericano. En efecto, el hecho de que aproximadamente el 36 por ciento de los matrimonios canadienses sean interreligiosos, y que el 64 por ciento de uniones intrarreligiosas alcancen ese nivel —debido a la situación de un 90 por ciento de matrimonios intrarreligiosos que prevalece en la comunidad judía— revela que la pluralización religiosa es considerablemente mayor de lo que admite Lipset.

Quizás la información crítica que Lipset analiza es la referente a la educación, en donde intenta demostrar que el aproximadamente 30 por ciento de los alumnos de la enseñanza superior de los Estados Unidos se compara —de forma muy favorable— con el 10 por ciento de canadienses al mismo nivel. En realidad, si ése fuera el caso, podría ser posible aducirlo como ilustración de la mayor orientación de logro y menor orientación atributiva de los ciudadanos norteamericanos.

Pero aquí también podemos ver el debilitamiento de los lazos de la conexión imperial y el reforzamiento de los vínculos de la conexión norteamericana. La vida universitaria canadiense ha crecido de una forma literalmente fenomenal en la década 1962-1972. A la tasa acelerada actual, es posible que la movilidad educacional entre los canadienses rivalice con la de los Estados Unidos hacia el fin de este siglo. Lo que hace de este hecho un

MATRIMONIOS POR DENOMINACIÓN RELIGIOSA DE LAS PARTES, 1969

Denominación de la desposada

Denominación del desposado	Anglicana	Bautista	Ortodoxo Oriental	Judía	Luterana	Presbiteriana	Católica ¹	Iglesia Unida	Otras sectas	No declarada	Matrimonios	% de novias
Anglicana	9 037	710	112	41	595	1 033	4 543	5 159	1 207	19	22 456	12.3
Bautista	799	2 141	19	6	131	215	859	1 121	460	1	5 752	3.2
Ortodoxo -												
Oriental	174	27	1 895	7	95	45	527	273	114	2	3 159	1.7
Judío	60	7	5	1 987	11	16	125	69	68	5	2 353	1.3
Luterano	717	158	76	8	1 742	180	1 216	1 225	415	7	5 744	3.2
Presbiteriano	1 028	207	32	4	166	1 795	1 132	1 443	280	8	6 095	3.3
Católico ¹	4 203	776	355	61	1 008	1 043	68 691	5 374	2 083	52	83 646	45.9
Iglesia Unida	5 041	1 006	168	33	1 030	1 223	5 482	17 485	1 507	12	32 997	18.1
Otras sectas	1 730	554	88	77	526	388	3 035	2 442	10 766	24	19 630	10.8
No declaradas	27	8	3	—	7	8	128	24	25	121	351	0.2
TOTALES	22 816	5 594	2 753	2 224	5 311	5 956	85 738	34 015	16 925	251	182 183	100.0
% de novias	12.5	3.1	1.5	1.2	2.9	3.3	47.1	19.0	9.3	—	100.0	63.5 ²

¹ Incluyendo a los ortodoxos griegos.

² Porcentaje de matrimonios entre personas de la misma denominación religiosa.

Denominaciones religiosas de desposadas y desposados. La distribución de desposadas y desposados por denominaciones religiosas es aproximadamente igual a la del conjunto de población. Este cuadro muestra la influencia relativamente fuerte de la religión sobre el matrimonio. Alrededor del 64 por ciento de los matrimonios se realizan entre personas de la misma denominación religiosa; en 1969 ese porcentaje era de cerca del 90 por ciento entre los judíos, alrededor del 80% entre los católicos, del 50% entre los miembros de la Iglesia Unida y el 64 entre los ortodoxos orientales. Salvo entre los judíos, la proporción de matrimonios entre personas de la misma religión parece estar disminuyendo ligeramente en los últimos años.

logro tan notable es que el Canadá, para acelerar su programa educacional, tiene que volcar a la enseñanza superior una cantidad considerable de excedente de beneficios nacionales; y además de eso, representa una ruptura en el pilar organizativo de la universidad de orientación inglesa tradicional. Sin duda, el brote multitudinario de universidades y escuelas vocacionales y técnicas en el Canadá indica un elevado nivel de desarrollo, tanto como un hecho y como explicación, de modo que sería necesario repetir que el pensamiento de Lipset se basa en la premisa de la continuación de las tendencias anteriores a la Segunda Guerra Mundial, y no en las posteriores.

El marcado aumento de la enseñanza superior en el Canadá ha acercado a ese país a los Estados Unidos en los niveles porcentuales de matriculación. El estrechamiento de la grieta es igualmente dramático a nivel de la enseñanza secundaria.

Aun considerando la nivelación que se espera en favor de un crecimiento más equilibrado, la estructura de oportunidades en la educación canadiense sigue siendo significativa, como informa el Consejo Económico del Canadá (1972: 77):

Se espera que la matriculación en la enseñanza elemental y secundaria combinada disminuya absolutamente después de la mitad de la década de los setentas como reflejo del decrecimiento del total de nacimientos registrado desde comienzos de los sesentas y del hecho de que el aumento de la proporción de la matriculación en la enseñanza secundaria se moderará al aproximarse a niveles muy altos. Por otra parte, tanto la proporción de inscripción como el número de jóvenes que asisten a instituciones de enseñanza postsecundaria debería seguir aumentando (aunque a una tasa decreciente). Los aumentos a nivel no universitario serán especialmente rápidos. Por tanto se puede anticipar que se irá haciendo menor la diferencia en las tasas de matriculación entre el Canadá y los Estados Unidos.

La proyección del total de matriculación educacional de tiempo completo para 1980-81 es de 6.6 millones, comparado con 5.8 millones en 1967-68. En la matriculación en la escuela elemental se espera una disminución de 4.1 millones en 1967-68 a 3.9 millones en 1975-76 y a 3.8 millones en 1980-81. En la inscripción en secundaria se proyecta un aumento de 1.3 millones en 1967-68 a 1.8 millones en 1975-76 y luego una disminución a 1.7 millones en 1980-81. En contraste con esto, se anticipa que la matriculación postsecundaria aumentará a más del doble entre 1967-68 y 1975-76 y luego ascenderá en casi una tercera parte en los cinco años siguientes, alcanzando a 1.1 millón en 1980-81. La tasa de crecimiento anticipada para la educación postsecundaria entre 1975-76 y 1980-81 se aplica tanto a las universidades

MATRICULACIÓN EN UNIVERSIDADES Y DEMÁS INSTITUCIONES
POSTSECUNDARIAS EN 1966-67 COMO PORCENTAJE DE LA
POBLACIÓN 18-24, POR PROVINCIA DE RESIDENCIA

Provincias y Territorios	Matriculación Univer- sitaria de tiempo		Matriculación post- secundaria no univer- sitaria de tiempo		Total de matriculación postsecundaria		
	I Población ¹ 18-24 años	II Número de estudiantes	III Como % de la población 18-24	IV Número de estudiantes	V Como % de la población 18-24	VI Número de estudiantes	VII Como % de la población 18-24
Terranova	55 690	4 413 ⁴	7.9	1 044	1.9	5 457	9.8
P.E.I.	10 941	1 360 ⁴	12.4	193	1.8	1 553	14.2
Nova Scotia	82 341	7 554	9.2	2 021	2.5	9 575	11.6
New Brunswick	67 816	5 743	8.5	2 482	3.7	8 225	12.1
Quebec	697 739	73 617	10.6	32 638	4.7	106 255	15.2
Ontario	727 405	61 898	8.5	24 206	3.3	86 104	11.8
Manitoba	102 041	11 228 ⁴	11.0	1 884	1.9	13 112	12.9
Saskatchewan	96 484	12 439 ⁴	12.9	1 809	1.9	14 248	14.8
Alberta	153 003	16 622 ⁴	10.9	5 254	3.4	21 876	14.3
Columbia Británica	193 251	24 744 ⁴	12.8	3 356	1.7	28 100	14.5
Yukon y N.W.T.	4 976	111	2.2	—	—	111	2.2
Canadá	2 191 687	219 729	10.0	74 887	3.4	294 616	13.4

1 Basado en la edad del último cumpleaños anterior al 1 de junio de 1966.

2 Estudiantes de grado y postgrado de tiempo completo. En Quebec incluye a los estudiantes de la carrera de "Belles Lettres".

3 Enseñanza magisterial (no universitaria), colegios técnicos y profesionales, algunas escuelas vocacionales y de enfermería.

4 Incluye a estudiantes matriculados en programas de enseñanza magisterial de arte, música y educación en universidades.

CUADRO 6a

**MATRICULACIÓN EDUCATIVA DE TIEMPO COMPLETO
(Millares)**

	1951-52	1967-68	Proyectada	
			1975-76	1980-81
Escuela elemental y secundaria				
Elemental	2 230	4 128	3 886	3 777
Secundaria	395	1 325	1 776	1 667
Total	2 625	5 452	5 662	5 444
Postsecundaria*				
Universidad	71	284	560	750
Otras instituciones postsecundarias	3	89	290	380
Total	74	372	850	1 130
Total matriculación	2 699	5 824	6 512	6 574

FUENTES: Basada en datos del Dominion Bureau of Statistics y proyecciones en el Staff Study núm. 25, *Enrollment in Educational Institutions by Province, 1951-52 to 1980-81*, de Z. Zigmond y C. Wenans.

CUADRO 6b

**PROPORCIÓN DE MATRICULACIÓN SECUNDARIA Y
UNIVERSITARIA EN EL CANADÁ Y LOS ESTADOS UNIDOS**

	1951-52	1965-68	Proyectada
			1975-76
(Como porcentaje de la población 14-17)			
Matriculación secundaria			
Canadá	46	80	94
Estados Unidos	77	92	98
(Como porcentaje de la población 18-24)			
Matriculación Universitaria de tiempo completo			
Canadá	5	11	18
Estados Unidos*	12	19	24

* Matriculación por crédito de tiempo completo en instituciones de enseñanza superior.
FUENTES: Basada en datos del U.S. Department of Health, Education and Welfare; Dominion Bureau of Statistics, y proyecciones del Staff Study núm. 25.

como a otras instituciones postsecundarias. Se espera que la tasa de crecimiento de estas últimas hasta 1975-76 supere a la de las universidades.

Si se estudian un poco más las medidas brutas concernientes a los gastos en educación, se puede encontrar que para el año de 1970, el Canadá producía efectivamente más doctores en ciencias e ingeniería **per capita** que los Estados Unidos (Statistical Abstract of the United States, 1972: 524-525). Además, ocupaba el tercer lugar entre los países industriales por el número de científicos e ingenieros calificados empleados en la investigación y el desarrollo (Albinski, 1973: 53). En realidad, el problema se ha transformado de forma dramática: de "alcanzar" a los Estados Unidos a evitar un serio congestionamiento de postgraduados en el mercado canadiense. Datos recientes sugieren una proporción de 3 a 1 y 4 a 1 en términos de oferta sobre demanda en el campo docente, y un excedente comparable, aunque menos espectacular, en la industria (Zur-Muehlen, 1972: 102-103).

Es difícil exagerar el vigor del impulso canadiense de desarrollo. Durante la mayor parte del siglo xx el Canadá ha ocupado el segundo lugar entre las naciones industriales en términos de nivel de vida y salario real. Los indicadores de consumo real en un lapso de tiempo semejante han colocado ese país en tercer lugar en esa categoría vital. El aumento en producción **per capita** que tuvo lugar en Canadá fue de alrededor del 3.2 por ciento anual durante la década de los sesentas, índice menor al de las normas europeas, pero que aún así significa un progreso saludable en términos económicos reales. Además, en términos comparables de dólares norteamericanos, el producto interno bruto del Canadá alcanzó en 1970 más de 80 mil millones de dólares, elevándose las tasas de crecimiento del PIB más rápido que las de los Estados Unidos; en 1971, el PIB registró un salto del 6 por ciento en términos reales, colocando al Canadá entre las naciones de más intenso crecimiento en el sector industrial. Veinte años antes, el PIB canadiense era inferior a los 20 mil millones de dólares, de manera que el salto hacia arriba de la tasa de crecimiento real es claramente visible (Albinski, 1973: 55). Dadas esas circunstancias, es difícil entender de qué manera la tesis "contrarrevolucionaria" puede ser especialmente coherente como explicación del crecimiento económico en ascenso del Canadá.

También es evidente que la situación descrita no es un simple problema cuantitativo, sino también uno cualitativo; a su manera, el Canadá se ha introducido en una ideología de Estado proveedor de bienestar, muy similar a la que se encuentra en los Estados Unidos, aun considerando el objetivo declarado del Canadá de combinar esa ideología con los derechos individuales (Herman,

1971: 131-141). Paradójicamente, muchas tendencias canadienses actuales, a la vez que incrementan las presiones nacionalistas, aumentan en forma aún más directa las isomórficas como puntos comunes de la agenda del desarrollo social hacia las experiencias de valor canadiense y norteamericanas.

La verdad es que es preciso trabajar bastante y con imaginación para bifurcar y bipolarizar los datos generales referentes a los Estados Unidos y el Canadá. En una serie de dieciséis medidas, llamadas indicadores sociales, los resultados de las pruebas negativas y positivas de ambos países marchan cabeza con cabeza. Los datos sobre divorcios —en los que tanto se apoya Lipset para su tesis— constituyen la gran excepción. Pero como hemos visto, con la nueva liberalización del divorcio en el Canadá ese punto también se está acercando rápidamente a las normas de los Estados Unidos, donde el divorcio se utiliza como medida de una “sociedad liberal”, antes que de la existencia de “tensión social”.

Los siguientes indicadores sociales (véase cuadro 7) y sus intensidades, revelan cuán próximas se encuentran las dos sociedades en términos de normas y valores generales.

Cualquier análisis comparativo de los datos muestra semejanzas con lo que he descubierto a través de la confrontación de los datos de motivaciones y actitudes de los Estados Unidos con los de la Argentina y el Perú (Horowitz, 1972: 377-400): A ese nivel, las grietas en los datos tienden a ser estrechas, dado que las medidas referentes a estilos o aspiraciones sociales muestran que los diferenciales son pequeños —más en las aspiraciones que en las realidades. Pero cuando se pasa a los datos “concretos”, referentes a medidas objetivas de dominio y control económico, la grieta se amplía mucho. De ahí que las diferencias ideológicas entre los ciudadanos de los Estados Unidos y los del Canadá sean mucho más definidas y numerosas que las diferencias de aspiraciones. La disparidad, antes que a una situación de frustración intelectual, debería conducir a lo contrario, es decir, al dualismo entre controles económicos y percepciones psicológicas. Todos los pueblos, y en verdad también el canadiense y el norteamericano, desean formas similares de modernización; el golfo se abre con respecto a las formas de alcanzar esa meta, y después en cuanto a las maneras de distribuir esa riqueza.

En ese sentido, el Canadá se halla en la misma relación con los Estados Unidos que el sector agrario de éste con su sector industrial, o también que el “interior” del Canadá frente al “centro metropolitano” canadiense (cfr. Davis, 1971: 6-35). Las aspiraciones son más o menos análogas e isomórficas en todas las naciones, pero estructuralmente, representan parámetros diferentes. Esto indicaría que la referencia de Lipset a los “valores”

CUADRO 7

INDICADORES SOCIALES COMPARATIVOS — CANADÁ Y ESTADOS UNIDOS

	Estados Unidos	Canadá
Densidad de población	+ 85 (4)	+ 99 (1)*
Matrimonios tempranos	+ 88 (1)	+ 29 (4)*
Población por médico	+ 9 (6)	+ 3 (7)
Mortalidad infantil	- 4 (8)*	- 4 (8)*
Homicidios (asesinatos)	-395 (14)	- 15 (13)
Muertes en carretera	- 21 (10)	- 22 (11)
Suicidios	+ 21 (6)	+ 35 (4)
Estudiantes en la enseñanza superior	+ 179 (1)	+ 78 (2)
Proporción de viviendas con baño	+ 66 (2)	+ 51 (3)
Proporción de televisión por habitantes	+ 67 (1)	+ 23 (3)
Propiedad de automóviles	+ 107 (1)	+ 48 (2)
Crecimiento económico (tasas anuales)	- 47 (13)	- 34 (10)
Divorcio (como factor negativo)	+ 55 (5)	+ 338 (1)
Divorcio (como factor positivo)	+ 457 (1)	+ 264 (3)
Teléfonos por habitantes	+ 98 (1)	+ 53 (4)
Circulación de diarios	+ 3 (6)	- 37 (13)

Los números que aparecen entre paréntesis se refieren a una ordenación de 14 naciones (10 en Europa, más Australia, el Japón, el Canadá y los Estados Unidos).

El asterisco junto a la cifra entre paréntesis indica un vínculo entre dos naciones en esa ordenación.

Este estudio fue compilado inicialmente por *The Economist* de Londres y reimpresso en *Weekend Magazine*, 3 de febrero de 1973. La gráfica deriva de esta última fuente.

es en realidad muy diferente de cualquier examen de los elementos de "interés" o las dominaciones "institucionales". El idealismo filosófico implícito en el marco weberiano llega pues a distorsionar distinciones básicas en dos formas: al exagerar diferencias de valoración (por ejemplo, el marco revolucionario contra el marco contrarrevolucionario) y subestimar diferencias institucionales (grados de control económico y/o político).

IV. El Canadá y América Latina: dependencia y desarrollo

La importancia o falta de la "cuestión de los valores" puede medirse comparando la situación del Canadá y de América Latina

frente a los Estados Unidos. Los datos corroboran mi creencia de que existe una política económica hemisférica general que los Estados Unidos siguen respecto a ambas zonas, y que, a pesar de las diferencias culturales y axiológicas, el Canadá lleva una relación más próxima con América Latina que con los Estados Unidos. Antes de que lo sorprendente de esta afirmación conduzca a desechar la tesis, consideremos los siguientes puntos:

1. El Canadá ocupa el primer lugar y América Latina el segundo en la distribución geográfica de las inversiones directas de los Estados Unidos.

2. Aunque la participación de América Latina en el nuevo capital de inversión directa descendió entre la década del cincuenta y la del sesenta, los ingresos remitidos a los canadienses y latinoamericanos continúan en su tendencia paralela ascendente.

3. Las características con respecto a la inversión en dólares, nuevos derrames de capital y lucratividad de las inversiones de los Estados Unidos en el Canadá y en América Latina son más o menos isomórficas, y en realidad, al reducirse las posibilidades de nuevos mercados en Europa, esas semejanzas van creciendo con el tiempo.

4. Haciendo a un lado los matices nacionales, el fenómeno de las plantas filiales (cfr. Watkins, 1972: 239-41) es tan típico de América Latina como del Canadá. Las dos áreas se utilizan como subsidiarios manufactureros que distribuyen la línea completa de productos de la compañía matriz. Si el énfasis es mayor en las compañías manufactureras en el Canadá y en las empresas distribuidoras en América Latina, ello se debe a la mayor cantidad de competencia abierta por los mercados latinoamericanos de la que ha habido hasta ahora por el Canadá.

Agrupando los datos referentes a México, Cuba, el Caribe y América Latina, resulta evidente que el total de ventas de las firmas manufactureras matrices de los Estados Unidos a sus filiales presentan grandes similitudes en el trato con los vecinos del norte y del sur. Las importaciones de origen norteamericano a ambas zonas muestran paralelismos similares. Cada vez más, ambas regiones han llegado a ser tratadas como parte de las operaciones norteamericanas internas, antes que externas. Es importante para quienes intentan demostrar la dependencia canadiense (cfr. Levitt, 1970: 174-75) no ignorar esas similitudes con la dependencia económica latinoamericana. Desde el punto de vista de los Estados Unidos, la hegemonía en el conjunto, antes que los rasgos excepcionales en cada zona, es vital (véase cuadro 8).

También es preciso incluir en el esbozo algunas semejanzas de índole no económica. Las vinculaciones de las actividades militares canadienses con las de los Estados Unidos son bastante

CUADRO 8

**DISTRIBUCIÓN GEOGRÁFICA DE LAS INVERSIONES DIRECTAS
NORTEAMERICANAS, 1897-1966**
(Valor de libro en millones de dólares y porcentajes)

	1897	%	1914	%	1924	%	1935	%	1958	%	1964	%	1966	%
Europa	131.0	20.6	573.3	21.7	921.3	17.4	1 369.6	19.0	4 382	16.2	12 100	27.0	16 200	29.6
Dependencias europeas	—	—	—	—	—	—	—	—	1 038	3.8	n.a.	n.a.	n.a.	n.a.
Canadá	159.7	25.3	618.4	23.4	1 080.5	20.0	1 692.4	23.5	8 929	32.0	13 800	31.0	16 840	31.0
México	200.2	31.5	587.1	22.2	735.4	13.7	651.7	9.0	—	—	—	—	—	—
América Latina	59.1	9.3	413.7	15.7	1 090.6	20.2	1 878.2	26.0	8 730	32.2	8 900	20.0	9 854	18.1
Cuba y El Caribe	49.0	7.7	281.3	10.6	993.2	18.4	731.3	10.1	—	—	1 400	—	—	—
Demás países	35.5	5.6	179.5	6.4	567.7	10.3	896.0	11.4	3 996	14.8	8 100	22.0	11 668	21.3
Total	634.5	100.0	2 652.3	100.0	5 388.7	100.0	7 219.2	100.0	27 075	100.0	44 300	100.0	54 562	100.0

FUENTE: Aitken, *American Capital and Canadian Resources*, de 1897 a 1958. Datos de 1964 a 1966 del U.S. Survey of Current Business, septiembre de 1967.

paralelas a las de América Latina con los Estados Unidos. Los vínculos fundamentales se establecen a través de SACLANT (Supreme Commander, Allied Command Atlantic), bases de apoyo militar de la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte), y sobre todo, la coordinación de la defensa aérea por medio de NORAD (North American Radar Early Warning System). Además, los asuntos de defensa que interesen a ambos países son manejados por el Consejo Conjunto Permanente de Defensa, que proporciona enlace y consejo a ambos gobiernos (**Canada Year Books, 1972: 1276-1277**).

En forma semejante, América Latina está integrada en los asuntos hemisféricos a través del CONDECA (Consejo de Defensa Centroamericano). En realidad, el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca —llamado Pacto de Río—, firmado en 1947, fue el modelo de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, constituida en 1949. Establecía la idea de acuerdos regionales antes que bilaterales, pactos que, sin embargo, colocaban a los Estados Unidos en primer lugar en virtud de su exclusiva posición de mando luego del desenlace de la Segunda Guerra Mundial (Saxe-Fernández, 1969: 75-101, y Saxe-Fernández, 1971: 17-43).

El establecimiento de un Centro Internacional de Investigación sobre el Desarrollo, en mayo de 1970, es una respuesta directa a las posibilidades hemisféricas: convertir una desventaja económica impuesta por la hegemonía hemisférica de los Estados Unidos en una ventaja política que puede darle al Canadá crecientes vínculos directos con América Latina. Este nuevo Centro, que en gran medida se mantiene con fondos de la Agencia Internacional de Desarrollo Canadiense (IDRC, 1972a: 74-75), ya posee complicadas conexiones con la Comisión del Mercado Común Andino (Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y Chile) y ha fundado programas de investigación y asistencia en el Brasil, la Argentina y México (IDRC, 1972b). Estos hechos dan idea de la emulación canadiense de los esfuerzos del Departamento de Estado norteamericano (y por lo tanto del Canadá como sociedad "más desarrollada" que ayuda a sociedades "menos desarrolladas") y también de cómo esas conexiones directas permiten una amplitud mayor a la toma de decisiones canadiense con respecto a asuntos hemisféricos (Spurgeon, 1972: 33-36).

En la prisa por establecer vínculos, no debe pasarse por alto el hecho de que existen enormes desigualdades no sólo entre el Canadá y América Latina, sino también entre las relaciones de los Estados Unidos con aquel país y los países latinoamericanos (**cf.** Statistical Abstract of the United States, 1972: 1271-1274):

1. Los recursos naturales y minerales del Canadá se hallan bajo una supervisión nacional mucho más directa que sus contrapartes latinoamericanas; además de eso, debe considerarse la

simple disponibilidad de esa riqueza minera y mineral en el Canadá.

2. América Latina, a diferencia del Canadá, recibe una considerable cantidad de ayuda extranjera y préstamos de desarrollo, mientras que el Canadá, en cambio, cuenta con una cantidad considerable de inversiones directas propias en los Estados Unidos. Esto tiene como resultado una mayor paridad del Canadá y una mayor dependencia de América Latina con respecto a los Estados Unidos.

3. La situación de exportaciones e importaciones relativamente equilibrada que prevalece entre los Estados Unidos y el Canadá es única en el hemisferio; tiende a integrar a ambas naciones, mientras que los constantes desequilibrios de importaciones y exportaciones —invariablemente en contra de América Latina— tienden a exacerbar las relaciones entre los Estados Unidos y los países latinoamericanos.

La principal desigualdad de índole no económica entre el Canadá y América Latina es la extensión de la estabilidad política en ambas regiones. No tiene sentido insistir en el hecho de que el gobierno del Canadá es multipartidario, estable, parlamentario y en esencia democrático, o de que muchos gobiernos latinoamericanos deben ser clasificados básicamente como unipartidistas (si no en el número efectivo por lo menos en el control), inestables, militares (en el control, mas no en el funcionamiento efectivo) y en sustancia antidemocráticos. Y sin embargo, aun aquí, es preciso indicar que en América Latina existen fuertes tendencias a la estabilidad y el orden, aunque no necesariamente hacia la democracia y las formas parlamentarias. En realidad, de países tan diversos como México y Cuba, se puede hablar más bien de estabilidad partidaria que de estabilidad parlamentaria. Sin embargo, las diferencias son muy reales, y crean fuertes sentimientos de identificación entre los Estados Unidos y el Canadá que, como es obvio, están ausentes en la mayoría de las relaciones de los estadounidenses con América Latina.

Después de tomar en cuenta todos estos pesos y medidas, semejanzas y desemejanzas, puede afirmarse que el impulso hacia la hegemonía hemisférica bajo la dirección de los Estados Unidos se hace aún más fuerte en la actualidad que en los anteriores periodos de la historia del siglo xx. A medida que la recuperación de Europa de la Segunda Guerra Mundial se convierte en un verdadero ataque al dólar por parte de Europa, y que otros mercados económicos caen bajo el dominio del capital japonés, y aun otros mercados son absorbidos por el sector socialista o no alineado, los Estados Unidos, por la pura necesidad, empezarán a

racionalizar su imperio económico en términos de un marco hemisférico.

En cierta medida, la continuada hostilidad —aparentemente irracional— de los Estados Unidos hacia Cuba (y en menor grado hacia el régimen de Allende en Chile), al mismo tiempo que aumenta su cordialidad hacia la China e incluso otros regímenes socialistas de Europa Oriental, cumple con una función de esa política hemisférica —que demuestra que la llamada conexión continental se mueve en dos direcciones, y que no está de ninguna manera limitada a los asuntos norteamericano-canadienses.

El sentimiento norteamericano básico hacia el Canadá tal vez nunca haya sido expresado en forma más sucinta o exacta que por el representante populista de Kansas, Jeremiah Simpson, quien en la primavera de 1892 habló así sobre el hemisferio: “Tenemos que encarar algunos problemas muy serios. Nuestro país está lleno. Ya no hay más dónde ir hacia el oeste. Estamos llenos. Y tendremos que adquirir el Canadá, la América británica, y México, o desbordar”. Simpson no abogaba por la conquista militar, sino por

una política o sistema esclarecido que abra relaciones amistosas con países extranjeros, que nos proporcionen un mercado para nuestro excedente, y nosotros le diríamos al pueblo canadiense: “Vengan bajo la bandera norteamericana; únanse a nosotros bajo un gobierno común, y seamos un solo pueblo” (cfr. Williams, 1969: 347-48).

Sabemos que habían muchos canadienses dispuestos a responder a esa sugerencia, que se basaba en el temor y el rechazo comunes de la supremacía económica, entonces inglesa.

Los sentimientos canadienses se han desplazado cada vez más en contra del mérito de la conexión continental, al igual que en un periodo anterior lo habían hecho en contra de la conexión imperial. Reemplazar esa sensación de conexión es la idea del **status** de estados nacionales separados. Ramsay Cook resume mucho de esa indecisión cuando escribe “que deberíamos tanto mantener nuestra frontera abierta como asegurarnos de que nuestras cercas están en buenas condiciones”. Él no encuentra en eso ninguna contradicción:

Cerrar una frontera sugiere la construcción de una muralla china en torno a un Estado-guarnición con obsesiones internas... Una cerca es lo que existe entre vecinos que están dispuestos a intercambiar bienes, ideas y chismes, pero que entienden perfectamente dónde empiezan y terminan los derechos. Para vivir y desarrollarse, el Canadá necesita

cercas. Ninguna nación puede existir por mucho tiempo en un mundo de fronteras cerradas (Cook, 1971: 5).

Las observaciones de Cook se parecen mucho a una paráfrasis de la afirmación de James Eayrs acerca de las "buenas cercas", en donde afirma que a los norteamericanos "les sería útil recordar que buenos vecinos hacen buenos amigos" (Eayrs, 1964). Lo que hay detrás de ésta y otras afirmaciones moderadas es la amarga lección de que el nacionalismo es un signo de soberanía política y una etapa en el desarrollo de la independencia económica.

El objetivo de esta digresión histórica es simplemente señalar si es posible a la experiencia norteamericana entender las respuestas canadienses como "contrarrevolucionarias", y si se puede percibir en esas respuestas un esfuerzo contranacionalista con la misma justificación y mayor confirmación empírica.

La forja de una conciencia nacional no necesariamente procede de una situación revolucionaria de guerra. Es cierto que ésa es la norma más frecuente en el siglo xx, pero lo que se está presentando en el Canadá es la conciencia nacional como conciencia burguesa; y la unidad trascendental de la burguesía, en especial en una etapa avanzada, no requiere uniformemente una lucha armada contra los anteriores colonialistas. En realidad, lo que me impresiona profundamente es la medida en que las dos guerras mundiales de 1914-18 y 1939-45 fueron utilizadas como sustituto de un esfuerzo bélico revolucionario, porque de esas dos experiencias no sólo surgió un nuevo alineamiento de poderes económicos mundiales en el que los Estados Unidos desplazaron a Inglaterra como la principal potencia extranjera en la economía canadiense, sino que, y esto es igualmente significativo, esos dos conflictos permitieron al Canadá aparecer en una posición de igualdad política tanto con los Estados Unidos como con Inglaterra.

En realidad, la fusión de una gran unión de estados democráticos de habla inglesa fue una posición abrazada tal vez con más fervor en el Canadá que en los Estados Unidos o en Inglaterra; pero cuando se hizo evidente el carácter mítico de una unión de habla inglesa, y cuando el delicado equilibrio de competencia entre Inglaterra y los Estados Unidos se resolvió con una victoria norteamericana en la esfera económica, los canadienses ya habían reunido las condiciones políticas necesarias para soportar la coerción política procedente del sur y declarar finalmente un alto grado de independencia, y al mismo tiempo, la total autonomía política de Inglaterra. Y así sucedió que la liberación política del Canadá tuvo lugar sin guerra revolucionaria; pero negar la autenticidad de esa liberación sólo por esa razón —como lo hace

clara aunque implícitamente Lipset—, es tan misantrópico como erróneo. Por desgracia, igual que en otras situaciones postliberadoras semejantes, el fin del colonialismo no significó el del imperialismo. Y así comienza el capítulo moderno, actual, de las realidades políticas canadienses.

Cuanto más de cerca se examinan las relaciones canadiense-norteamericanas, más se destacan los factores objetivos de interés nacional como los verdaderos determinantes de la diferenciación entre ambas potencias. A este respecto, el excelente estudio de la "exencionalidad" canadiense por dos historiadores de ese país (maravilloso juego de palabras sobre el tema de la excepcionalidad nacional, usado con tanta frecuencia en la liturgia marxista para explicar desviaciones de las normas históricas) parece muy oportuno. Señalan sus autores que las relaciones canadiense-norteamericanas pueden considerarse como una serie de exenciones especiales concedidas a los negocios canadienses a cambio de facilidades especiales de penetración para los negocios norteamericanos a través de sus filiales en el interior del Canadá. Afirman que "el exencionalismo ha ofrecido sólo una ilusión de independencia mientras encadenaba al país cada vez más firmemente a la política norteamericana" (Cuff y Granatstein, 1972: 479).

Pero a cambio de la independencia, ciertos privilegios económicos especiales permiten a los negocios canadienses operar en un ambiente de tarifas bajas o ausencia de tarifas. Y mientras los autores esperan que aumenten las presiones sobre esa política de exención por parte de los Estados Unidos en virtud del debilitamiento de la economía norteamericana después de Vietnam, no alcanzan a demostrar por qué debería ser abandonada esa posición, dado su costo político y económico reconocidamente bajo para los Estados Unidos. Como quiera que sea, el estudio de las relaciones canadiense-norteamericanas en términos de la dialéctica del exencionalismo y la independencia ofrece una vía para salir e ir más allá del complicado absurdo que rige la teoría de los valores, y tal vez también del modelo de dependencia —a penas menos absurdo, pero también menos complicado— que asigna arbitrariamente el lugar supremo a los factores externos e imperiales, sin prestar la debida atención a la lógica nacional interna de un país tan grande y rico como el Canadá. Cuff y Granatstein lo expresan bien cuando señalan que: "El presente canadiense ha sido moldeado por el pasado canadiense. En la actual atmósfera de nacionalismo, con su búsqueda de una historia mítica, se corre el riesgo de descuidar el impulso interno que hay detrás del lugar del Canadá en el sistema norteamericano." (1972:480.) Esta formulación es bastante amplia como para comprender que, a pesar de todo, estamos frente a un sistema norte-

americano. El problema es pues la negociación de ese sistema en una política concreta, antes que su denuncia en una retórica vacía.

La tesis de Cuff y Granatstein sobre la exencionalidad puede ser considerada como menos excepcionalista si se comparan las relaciones de los Estados Unidos con las naciones más avanzadas de América Latina en un contexto similar. El desarrollo económico y la penetración de los monopolios en los sectores industriales de las economías dependientes no son incompatibles —en realidad, son tan comunes en el Brasil, México y la Argentina como en el Canadá. Las exenciones de tarifas y ventajas comerciales especiales se pueden considerar características de un nuevo nivel de la expansión monopólica.

Aún es más interesante, como lo ha señalado en un nuevo ensayo Fernando Henrique Cardoso (1973), el que esa correlación de dependencia y desarrollo ayude a explicar nuevas formas de fragmentación estructural de las clases en países como el Canadá. Específicamente, surge un dualismo dentro de la burguesía entre los sectores vinculados al capital monopolista internacional y los vinculados a la estructura económica nacional. Pero además, esa forma de diferenciación interna de las clases se ramifica por todo el sistema de clases, debido a que la porción internacional tiende a ser más organizada, más eficiente técnicamente, y por lo tanto, más capaz de pagar mejores salarios y beneficios que el sector nacional de la burguesía, menos “moderno”.

Así, en términos comparativos, el sector internacional ofrece condiciones de trabajo superiores, y quizás menos inquietud social y agitación política que el sector estrictamente nacional del comercio y la industria. Aunque esta tesis apunta específicamente a América Latina, creo que es posible afirmar que, sin esforzar demasiado la imaginación, una situación similar existe en el Canadá. En realidad, en ese país existe un elemento extra que alimenta ese síndrome de desarrollo y dependencia, a saber: un movimiento sindical vinculado apenas menos directamente a los intereses laborales norteamericanos de la comunidad de los negocios en industrias comparables. Por lo tanto, es importante observar que la estrategia de la exención no es idéntica a la premisa de la excepción a las reglas de la formación y deformación del capital internacional.

Lo que puede observarse en el Canadá es una mezcla única de vínculos internacionales y privilegios especiales, tanto como dependencias especiales. El Canadá es una nación que disfruta por igual de las ventajas y desventajas de una forma avanzada de capitalismo abrumada por una forma aún más avanzada de multinacionalismo; es esta concatenación de circunstancias, lo que constituye fascinante y desafiante a la vez al enfrentamiento de

las realidades canadienses por la ciencia social. Es también ese mismo conjunto de complejidades lo que obliga a rechazar tanto la hipótesis empresarial a nivel económico como la tesis contrarrevolucionaria a nivel político. Ambas son concepciones inadecuadas para medir la significación del pasado o el presente del Canadá.

BIBLIOGRAFÍA

- Albinski, Henry S., **Canadian and Australian Politics in comparative perspective**. New York and Toronto, Oxford University Press, 1973.
- Bennett, John W. and Cynthia Krueger, "Agrarian Pragmatism and Radical Politics", in Part II (Twenty Years Later) of **Agrarian Socialism: The Cooperative Commonwealth Federation in Saskatchewan**, by S. M. Lipset, Berkeley and London, University of California Press, 1971, pp. 347-363.
- Canada Year Book, **Statistical Annual of the Resources, Demography, Institutions and Social and Economic Conditions of Canada**, Ottawa, Minister of Industry, Trade and Commerce, march 1972.
- Cardoso, Fernando Henrique, **Imperialism and dependency in Latin America**. (unpublished essay, mimeographed version), 1973.
- Cook, Ramsay, **The maple leaf forever: essays on nationalism and politics in Canada**. Toronto, Macmillan of Canada, 1971.
- Cuff, R. D., and Granatstein, J. L., "Canada and the Perils of 'Exemptionalism'", **Queen's Quarterly**, 79, 4, Winter, 1972, pp. 473-481.
- Davies, D. I., and Herman Kathleen (eds.), **Social space: canadian perspectives**. Toronto, New Press, 1971.
- Davies, Arthur K., "Canadian Society and History as Hinterland Versus Metropolis", in **Canadian Society: Pluralism, Change and Conflict**, edited by Richard J. Ossenberg, Scarborough, Ontario, Prentice-Hall, 1971, pp. 6-35.
- Economic Council of Canada, "Trends and Regional Differences in Education", in **The Best of Times/The Worst of Times: Contemporary Issues in Canadian Education**. Toronto, Holt, Rinehart and Winston, 1972.
- Horowitz, Irving Louis, "Another View from the American Left", **New Politics**, 2, 2, Winter, 1963.
- Horowitz, Irving Louis and Lipset, Seymour Martin, "The Birth and Meaning of America: A Discussion", **The Sociological Quarterly**, 7, 1, Winter, 1965-66.
- Horowitz, Irving Louis, "Review of: **The Vertical Mosaic: An Analysis of Social Class and Power in Canada** (John Porter)", **The American Sociological Review**, 31, 6, December, 1966.
- Horowitz, Irving Louis, **Three Worlds of Development: The Theory and Practice of International Stratification**, New York and London, Oxford University Press, 1972. 2nd. edition.
- Horowitz, Irving Louis, "The Military Elites", in **Elites in Latin America**, edited by Seymour Martin Lipset and Aldo Solari, New York, Oxford University Press, 1967, pp. 146-189.
- Horowitz, Irving Louis (ed.), **Masses in Latin America**, New York and London, Oxford University Press, 1970.
- Innis, Harold A., **A History of the Canadian Pacific Railway**, Toronto, University of Toronto Press, 1971.
- International Development Research Centre, **Annual Report: 1971-72**, Ottawa, IDRC Head Office, 1972 (1972a).
- International Development Research Centre, "IDRC: Pioneering a New Style of International Aid Agency", **International Perspectives**, may/june 1972, 1972b.
- Laslett, John H. M., and Lipset, Seymour Martin, **Failure of a dream? Essays in the history of American socialism**, Garden City, New York, Doubleday Anchor, 1973.
- Levitt, Kari, **Silent surrender: the multinational corporation in Canada**, Toronto, Macmillan of Canada, 1970.

- Lipset, Seymour Martin. **Agrarian socialism**. Berkeley and Los Angeles. University of California Press, 1950.
- Lipset, Seymour Martin. **Political man**, Garden City, Doubleday, 1960.
- Lipset, Seymour Martin. **The first new nation**, New York, Basic Books, 1963.
- Lipset, Seymour Martin. "Values, Education, and Entrepreneurship". **Elites in Latin America**, edited by Seymour Martin Lipset and Aldo Solari, New York, Oxford University Press, 1967.
- Lipset, Seymour Martin. **Revolution and counterrevolution: change and persistence in social structures**, New York, Basic Books, 1968.
- Mann, W. E. (ed.). "The Incidence of Crime in Canada", from Information Canada Report of the Committee on Corrections, in **Social Deviance in Canada**, Toronto, Copp-Clark, 1971, pp. 185-194.
- Myrdal, Gunnar. **Challenge to affluence**, New York, Pantheon, 1964.
- O'Neill, William L., **Coming Apart: An Informal History of America in 1960's**, Chicago, Quadrangle Books, 1971.
- Pike, Robert, **Who doesn't get to university-and why: a study on accessibility to higher education in Canada**, Ottawa, Association of Universities and Colleges of Canada, 1970.
- Porter, John. **The vertical mosaic: an analysis of social class and power in Canada**, Toronto, University of Toronto Press, 1965.
- Ridgeway, James. **The last play: the struggle to monopolize the world's energy resources**, New York, Dutton, 1973.
- Roebuck, A. W., and Cameron, A. J. P., **Report of the special joint committee of the senate and house of commons on divorce**, Ottawa, Government Printing, June 1967.
- Saxe-Fernández, John. "The Central American Defense Council and Pax Americana", in **Latin American Radicalism: A Documentary Report on Left and Nationalist Movements**, edited by Irving Louis Horowitz, Josué de Castro, and John Gerassi, New York, Random House, 1969, pp. 75-101.
- Saxe-Fernández, John. **Proyecciones hemisféricas de la pax americana**, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1971.
- Shiry, John. "Socialization Theory and Social Values in Canada: An Institutional Perspective", in **Socialization and Social Values in Contemporary Canada**, edited by Robert M. Pike and Elia T. Zurick, Toronto, The New Press, 1973 (forthcoming).
- Spurgeon, David. "A New Approach to Foreign Aid: The IDRC of Canada", **Bulletin of the Atomic Scientists**, pp. 28, 9, 33-36.
- Truman, Tom. "A Critique of Seymour M. Lipset's Article: 'Value Differences, Absolute or Relative: The English-speaking Democracies'", **Canadian Journal of Political Science**, 4, 4 (December 1971), pp. 497-525.
- United States Bureau of the Census. **Statistical Abstract of the United States** (93rd edition), Washington, D.C., U.S. Government Printing Office, 1972.
- Watkins, Melville H., "Education in the Branch Plant Economy", **The Best of Times/The Worst of Times: Contemporary Issues in Canadian Education**, edited by H. A. Stevenson, R. M. Stamp, and J. P. Wilson, Toronto, Holt, Rinehart and Winston, 1972.
- Williams, William Appleman. **The roots of the modern american empire: a study of the growth and shaping of social consciousness in a marketplace society**, New York, Random House, 1969.
- Zakuta, Leo. **A protest movement becalmed: a study of change in the CCF**, Toronto, University of Toronto Press, 1964.
- Zur-Muehlen, Max von. "The Ph.D. Dilemma in Canada: A Case Study", **Canadian Higher Education in the Seventies**, edited by Sylvia Ostry, Ottawa, Economic Council of Canada, 1972, pp. 75-132.